

Sin faltar en aquesta competencia  
En cualquier necesaria coyuntura,  
Y por dicho favor y diligencia,  
El dicho Luis de Nava tuvo cura,  
Aunque por ser pesada la dolencia  
Poder escapar della fué ventura;  
Y aun si hoy vital aura lo gobierna  
Andará cojeando de una pierna.

Estando pues allí donde la vida  
Le dieron en el charco referido,  
Se recogió la gente divertida  
Y las reliquias vivas del vencido,  
Así heridos como sin herida,  
Porque la multitud del atrevido  
Jeho cruel, con indomable pecho,  
Aun no se contentaba con lo hecho.

Desde que los vivos fueron congregados,  
Hallaron que faltaban muchos buenos  
Y estaban de sus armas cercenados  
Aquellos que vinieron dellas llenos.  
Los hijos de Orozco congojados  
La prenda paternal echaron menos:  
Preguntan, y afirmó testigo cierto  
Que con los demás muertos quedó muerto.

Aquesta certidumbre les aumenta  
Las penas, las fatigas, los enojos;  
La muerte desastrada se lamenta  
Y el quedarse por bárbaros despojos:  
Era su dolor tanto, que revienta  
Por boca de los dos y por los ojos,  
Y tales son los dichos y los hechos,  
Que hacen impresion en otros pechos.

Dijo el menor al otro: «¿Qué hacemos  
Llorando sin provecho ni esperanza?  
Cumplamos con aquello que debemos  
Tomando destes barbaros venganza,  
Pues el cómodo tiempo que tenemos  
Podríase perder con la tardanza;  
Vamos, ya muerte venga, ya nos huya,  
Y no queramos vida sin la suya.»

Dijo, y ambos á dos, como leones  
Hambrientos que saltan las manadas,  
Rompieron por aquellos escuadrones  
De gentes con victorias levantadas,  
Y en los de mas gallardas proporciones  
Iban ensangrentando las espadas:  
Matan á Marocinda, Sanga, Toche,  
Y Panto vió su fin y eterna noche.

Andando de los dos la punta aguda  
Intestinos y entrañas descubriendo,  
Sin esperar favor que les acuda  
En riesgo y en peligro tan horrendo,  
Acudió don Luis con buen ayuda  
Poniendo duros frenos á Coendo,  
El cual venia contra los hermanos  
Con nube furiosa de paganos.

El don Luis los suyos solicita  
Usando de caudillo diligente;  
Con obras y palabras los incita,  
Pero los mas pelean flojamente  
Por el cansancio grande que les quita  
Las fuerzas y el calor del sol ardiente,  
Bien que con arcabuces hacen tiros  
No todos con mortíferos suspiros.

Y Anton Bocanacha, negro arcabucero,  
El serpiente del arcabuz aprieta  
Contra Jeho que sale delantero  
Llamándole de perro negro jeta;  
Pero la flecha que salió primero  
En la coce le dió del escopeta,  
Y fué la punta della de tal arte,  
Que la coce pasó de parte á parte.

Al fin el barbarismo prevalece,  
Y vista la pujanza y el estruendo,  
Y que la multitud de indios crece,  
Y los cristianos iban descreciendo,  
Al don Luis de Rojas le parece  
Irse su poco á poco retrayendo,  
Llevando por delante recogidos  
Así los sanos como los heridos.

Mas no por eso la canalla para,  
Pues como victorioso los aqueja;  
Y entre tanto que el bárbaro dispara  
Y la gente de á pié dellos se aleja,  
Los de caballo van haciendo eara  
Al escuadron que punto no los deja  
Por arcabucos y por partes rasas,  
Hasta que los metieron en sus casas.

Y como gentes de temor exentas,  
A voces dicen: «Esperad, gallinas,  
Para que rematemos nuestras cuentas  
Al son de las cornetas y bocinas.»  
Esto decían y otras mil afrentas  
Que de poner en letras son indignas,  
Porque de las naciones es aquesta  
La mas desvergonzada y deshonesta.

Después que los metieron en los puertos,  
Revuelven los del bárbaro rebaño  
A ver sus casas y hacerse ciertos  
De su bien ó su mal con desengaño:  
Remanecieron muchos indios muertos  
Sin que pensasen ser tanto su daño;  
Recogen á difuntos sus parientes  
Poniéndoles renombres eminentes.

Pues aunque nunea gocen de victoria,  
De los indios que mueren en la guerra  
Dicen los vivos ser cosa notoria,  
Digo los moradores desta sierra,  
Aquella muerte ser la mayor gloria  
Que les puede venir sobre la tierra;  
Y así les cantan por algunos dias  
Sus grandes hechos y sus valentías.

Y en una barbacoa se procura  
Al cuerpo suponer brasas ardientes,  
Y recoger en vasos la grosura  
Por ministros que tienen competentes,  
La cual beben en tanto questo dura  
Los mas aventajados y valientes;  
Después dan al sepulcro la ceniza,  
A la cual su linaje solemniza.

Y de los españoles hecha cuenta  
De los muertos á manos y heridos,  
Huidos de la haz sanguinolenta,  
Hallaron ser entonces fallecidos  
Número que pasaba de noventa,  
Todos los mas de los recién venidos,  
Sin los que remediaron cirujanos,  
O mancos de los piés ó de las manos.

Esteban de las Alas, cuando llano  
Pensó quedar el bárbaro guerrero,  
Oyó que lo dejaban mas ufano,  
Y en muy peor estado que primero,  
Y cómo convenia mayor mano  
Para domar esfuerzo tan entero,  
Y tomar las católicas banderas  
Aquesta punición mas á las veras.

Considerando pues que no cumplía  
Dejar en tantos riesgos aquel puerto,  
Quiso con don Luis, que lo pedía,  
Efectuar aquel primer concierto,  
Y así dejó bastante compañía  
Para se defender del indio yerto,  
Y despidiéndose de los vecinos  
Adelante prosigue sus caminos.

Viéndose don Luis con mas pujanza,  
A la fortuna quiere dar un tiento,  
Y para tener cierta la venganza  
Fatigaba su buen entendimiento;  
Y como yo también tengo la lanza  
Cansada del pasado rompimiento,  
Quiero primero que el suceso diga  
Algun alivio dar á mi fatiga.

## CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo en sabiendo los indios de Bonda ser ida el armada, vinieron sobre la ciudad de Santa María; cómo se reedificó la fortaleza, con otras muchas cosas que en la reedificación acontecieron.

Los hombres honorosos que declinan  
Del punto adonde estaban colocados,  
Cuando contrarias partes arruinan  
Honores que tenían granjeados,  
Siempre sus pensamientos encaminan  
A verse satisfechos y vengados,  
Y mas si quien padece tal afrenta  
Tiene superior á quien dar cuenta.

Pues como don Luis de Rojas era  
Estimado yaron y bien nacido,  
Y de los bárbaros desta frontera  
Fué su sobrino muerto y él vencido,  
Deseaba de cualquier manera  
Cobrar algo del crédito perdido,  
Porque muchos de fuera hacen pausa  
Juzgando los efectos sin la causa.

Y cuando para dar un estampida  
El orden mas sin riesgo teatran,  
En gente de los bondos atrevida,  
Que también sus venganzas deseaba,  
Supieron el armada ser partida,  
Pero no del presidio que quedaba;  
Y así hasta quinientos indios diestros  
Determinaron dar sobre los nuestros.

Con intenciones malas y protervas  
Se disponen el viejo y el mancebo;  
Son guías de las perdidas catervas  
Coendo, Gamita, Maciringo, Jebó;  
Y cuando ya las rociadas verbas  
Enjugaba calor del claro Febo,  
Ocuparon los bajos y los altos  
Para dar en el pueblo los asaltos.

Hacen ostentacion de su tesoro  
Puestos brazales, pechos, orejeras,  
Con otras diferentes joyas de oro  
Para cebar las gentes extranjeras;  
Daba su resplandor luz y decoro  
Al escuadron que va por las laderas  
Cuando lucido rayo del oriente  
Hiere las diademas de la frente.

Al claro manifiestan sus corajes  
El meneo feroz y la postura,  
Y aquellos sagüferos carcajes  
Cuyo veneno no consiente cura;  
Todos con superbisimos plumajes,  
Como de carrizal gran espesura  
Cuando vellosos por las partes sumas  
Producen tallos que parecen plumas.

Llegados á las partes mas vecinas,  
Subidos en cerrillos y peñoles,  
Tocaron las cornetas y bocinas,  
Cónceavos y marinos caracoles,  
Llamando por sus nombres de gallinas  
A los mas conocidos españoles,  
Con un título mas tan sin vergüenza  
Que por su fealdad no se comienza.

Alborotóse la cristiana gente,  
Y quisieron los mas apercebidos  
Al encuentro salir incontinente,  
Porque les ofendian los oídos;  
Mas don Luis de Rojas no consiente  
Sino tener los suyos abscondidos,  
Para que crean, viendo cobardía,  
No ser mas gente de la que solía.

Porque los españoles presumian  
Estar todos los indios ignorantes  
De las defensas nuevas que tenían,  
Sino que se quedaban como antes,  
Y en hecho de verdad no lo sabían;  
Y si como venían elegantes  
Entraran en el pueblo con sus galas,  
Mas de cuatro dejaran las chagalas.

Mas pajecillo vil del tesoro  
Recorrió los retretes y recodos,  
Ladino, mas al parecer sincero;  
Y tuvo tal ardid y tales modos  
Que sin faltar primero ni postrero  
Con granos de maíz los contó todos,  
Y hecho cerca desto lo que quiso  
A Jebó dió los granos y el aviso.

Vistos los granos, lo demás pregunta,  
Y la respuesta fué no sin fastidios;  
Porque mirada bien, della barrunta  
Tener el puerto ya buenos presidios,  
Y desta causa congregarse junta  
Para les imponer nuevos subsidios;  
Y así volvieron no con pasos lerdos  
A Bonda por tomar nuevos acuerdos.

Idos los indios, hubo gran consulta  
Entre los españoles de mas suerte,  
En parte que sabian ser oculta  
Para que lo que cumple se concierte;  
Y al fin de parecer comun resulta  
Primeramente levantar el fuerte,  
Pues para proceder mas adelante  
Era negociacion muy importante.

Previene necesarios materiales,  
Sin que ladinos indios les entiendan,  
Y diestros y peritos oficiales  
Que las obras del fuerte comprendan,  
Con doscientos soldados principales  
Para que de los indios los defiendan;  
Y Castro, Torquemada, Campuzano  
Y don Antonio guían esta mano.

Luego pusieron manos en la obra  
Con gran hervor y viva diligencia;  
Pereza falta y el deseo sobra,  
Vela la discrecion y la prudencia;  
Mas todo se hacia con zozobra  
Por la cotidiana resistencia  
De bárbaros que tienen por injuria  
El no mostrar allí toda su furia.

En esto se deleitan y recrean  
Para les estorbar lo que pretenden,  
Y aunque con arcabuces los ojean,  
Son poca parte para que se emienden:  
Unos labran al fin y otros pelean,  
Y el fuerte defendiendo los ofenden,  
Pues cuantas veces son acometidos  
Quedaban nueve ó diez indios tendidos.

Y aun entre muchos dias hubo dia,  
Segun hombre de vista representa,  
Que de la porfiada compañía  
Quedaron sin la vida mas de treinta;  
Mas no por eso cesa la porfia  
De la bestialidad sanguinolenta,  
Porque el mas flaco destas gentes todas  
Reñir y pelear tiene por bodas.

Viendo pues su maldad tan obstinada  
Sin dia reposar desta contienda,  
Determinaron una madrugada  
Poner á su furor alguna rienda,  
Acometiéndoles con emboscada  
Donde ninguno dellos se defienda  
De los caballos diestros, si por caso  
Los pudiesen sacar mas á lo raso.

Hay un monte que poco se desvia  
De los ranchos que tienen fabricados,  
Donde sin esperar la luz del dia  
Entraron á caballo bien armados  
Don Antonio y Bartolomé Garcia,  
Y otros cuatro bien acreditados,  
Para que si los indios acudiesen,  
Los seis á las espaldas respondiesen.

Y si bajasen del cerro cercano,  
Que del fuerte distaba poco trecho,  
Mostrasen los demás tibia la mano  
Por ensorberbecelles mas el pecho,  
Porque los caballeros en lo llano  
Les pudiesen herir mas á provecho,  
Y allí la furiosa destemplanza  
Ensangrentase filos de la lanza.



Después que se hicieron los conciertos,  
Entraron cuando mas obscuro era,  
Esperando que salga por los puertos  
La mas lucida lumbré de la esfera:  
Los caballos armados y cubiertos  
De pechos, faldas, ancas y testera,  
Los cuales, según el silencio tienen,  
Parece barruntar á lo que vienen.

Al tiempo pues que la febea lumbré  
Los rayos por las sierras estendia,  
Vieron cómo bajaba de la cumbre  
Armada y ariscada compañía,  
Según y como tienen de costumbre,  
Y por el orden mismo que solia;  
Todos al cerro van primeramente  
A fin de descubrir aquella frente.

Subido Jebó con escuadrón luengo  
Dio voces al ejército cristiano,  
Diciendo: «Ya sabéis á lo que vengo,  
Subid, gallinas, daros hemos grano,  
Y pues que me pedís de lo que tengo,  
Estos regalos salen de mi mano.»  
Con esto ladoó sus hombros anchos,  
Cuya flecha llegó hasta los ranchos.

No fué cualquiera dellos menos presto  
Con la grito que suelen y algazara;  
Y visto por los españoles esto,  
Veinte y cinco peones hacen cara,  
Llegando con rodélas al recuesto,  
Del cual bajan los indios como jara,  
Porque viendo tan pocos, están ciertos  
Que podían contarlos con los muertos.

Todos acuden al número poco,  
Y los cristianos por sacallos fuera,  
Ibanse retrayendo poco á poco,  
Por apartallos mas de la ladera;  
Y por los alcanzar el indio loco  
A los caballos dió llana carrera;  
Y en oyendo las señas que desean  
Baten las piernas recio y espolean.

Menéase con buen aire la lanza  
De jerifaltes sueltos en la priesa,  
Cada cual de los seis á quien alcanza  
Las espaldas y pechos atraviesa;  
Gente de pié tras ellos se abalanza;  
Anda la cuchillada muy espesa;  
Rompen entrañas y abren corazones  
Las pelotas y duros perdigones.

El brazo se cereca con el hueso;  
Llueve sangre del duro desafío;  
Grande priesa les dan, mas no por eso  
Ven desmayar al bárbaro gentío,  
Pues cuanto su destino mas avieso,  
Mostraban mas valor y mayor brio;  
Y así formaron escuadrón unido  
Que nunca después pudo ser rompido.

Y los que ya de flechas carecían,  
Que no gastaron números pequeños,  
De los robustos arcos se valían,  
Que no son menos que rollizos leños,  
Con cuyos golpes grandes rebatían  
Las lanzas, los caballos y los dueños,  
Trabajando llegar á la ladera  
Para se reducir al escalera.

Procuran impedirles los lugares  
Los caballeros, viendo su concierto;  
Mas á los sagitarios singulares  
El viento mostro pelo descubierta,  
Por donde traspasados los ijares  
El un caballo dellos cayó muerto;  
Y desta suerte van en remolino  
Sin poder estorballes el camino.

Tomaron en efecto la subida,  
No menos los heridos que los sanos,  
Dejando diez y ocho sin la vida  
De los mas señalados y lozanos;  
Viéndose Jebó pues ir de vencida,  
Esto habló con nuestros castellanos:  
«Hoy por engaños la sido la vuestra,  
Y mañana quizás será la nuestra.

» Bien podeis regalar aquellos potros  
Porque tengais socorro caballuno;  
Que tras unos recuentros vienen otros,  
Y no seré yo menos importuno  
Hasta que de nosotros ó vosotros  
Uno no quede vivo ni ninguno:  
Que la gente de Bonda no se cansa,  
Ni fortuna podrá hacella mansa.»

Ensangrentando pues los escalones,  
Con esto consolaban su zozobra;  
Mas en sus alterados corazones  
El placer falta y el pesar les sobra:  
Los nuestros, todos libres de lesiones  
Apriesa vuelven manos á la obra,  
Unos tapiando y otros dando tierra  
Y todos armas prestas para guerra.

Parte velan la senda y el camino  
Atalayando toda la frontera;  
Otros hachean el teoso pino  
Y ponen en concierto la madera;  
Otros mondan las ramas del espino  
O planta que será buena solera  
Para ranchos que dentro de los muros  
Hacian para mas estar seguros.

Vinieron en aquesta coyuntura  
Los de Macinga, poblacion notoria,  
So color de dar paz, y por ventura  
Antes no la tenían en memoria;  
Mas como quien sus tierras asegura  
Dieron el parabién de la victoria,  
Ayudas y favores prometiendo  
Para la obra que se va haciendo.

Desto se recibió harto consuelo  
Por los que á todas horas trabajaban,  
Viendo que les venia muy á pelo  
El ayuda que tanto deseaban;  
Y así ya por temor, ya con buen celo,  
Los bárbaros ya dichos ayudaban,  
Cuya labor no fué tan sin aliento  
Que no fuese con grande crecimiento.

Sabido por los bondos el ayuda  
Que daban indios á los andaluces,  
Procuran enviar á quien acuda  
Con macanas, con flechas y gorgueces,  
Y entrellos de la gente mas aguda  
Seis ó siete con buenos arcabuces,  
Tan bien ejercitados en la mira  
Que nadie dellos yerra donde tira.

Estando todos pues apercebidos,  
Bajaron sin hacer vanos bullicios,  
Y viendo dos ó tres indios subidos  
En buhios haciendo sus oficios,  
Con arcabuz despierta los dormidos  
Jebó, según se supo por indicios,  
Y el muslo pasa de Juanico Minga,  
Capitan de los indios de Macinga.

Cada cual de los seis luego dispara  
El suyo, sin topar á quien ofenda;  
Los nuestros viendo cómo se declara  
Por los indios belfigera contienda,  
El arma necesaria se prepara  
Dejando de hacer otra hacienda;  
Y así salieron todos á buscarlos,  
Los seis ó siete dellos en caballos.

Puesto por orden el cristiano bando,  
Arcabuces con diestros rodeleros,  
En dos alas se fueron allegando  
A los cerros y términos fronteros  
A las alturas dellos apuntando  
Con los fogosos globos y lijeros,  
Donde los poseosores de la roca  
Aprestaron las manos y la boca.

Porque según sus viejas condiciones  
Levantán algazara, saltan, gritan,  
Mas viendo humear nuestros cañones  
Con gran velocidad se precipitan,  
Y desde los ya dichos cerrejonés  
Con retorno de flechas los visitan;  
Pero duraron poco, porque luego  
Dejaron á los nuestros en sosiego.

Y no se supo si la despedida  
Fué porque recibieron algun daño;  
Pero quedó sin muerte ni herida  
La gente del católico rebaño;  
Mas no por eso mal apercebida,  
Antes con miedo de mayor engaño,  
Tanto, que cuando van por agua ó leña  
Arcabucean la cercana breña.

Y para descubrir maldad cubierta  
No fueron diligencias sin provechos,  
Pues un día sin verse cosa cierta  
Disparan recelando los acechos,  
Y en dos fuertes gandules abren puerta  
Dos balas por enmedio de los pechos;  
Los otros, como vieron estos muertos,  
Con grito se hicieron descubiertos.

Los cuales bien pensaron darse maña  
En tomar la venganza destas muertes;  
Mas á la grito sale la compañía  
De los que trabajaban en los fuertes,  
Y así no desamparan la montaña  
Los indios, ni pudieron hacer suertes,  
Antes se meten á lo mas espeso  
Con esperanza de mejor suceso.

Pues como gente que de sí confia,  
Este juzgaban por su mejor rato,  
Y así nunca jamás tuvieron día  
Que se pasase sin algun rebato;  
Mas como lo pasado les dolia  
Bajaban con grandísimo recato,  
Y en los cerros cercanos y fronteros  
Subidos, les hacian estos fieros.

«¿Y de qué sirve trabajar en vano,  
Gente vil, apocada, burladora,  
Pues cuanto trabajais este verano  
Hemos de deshacer en una hora?  
¿Quién te hizo valiente, Campuzano?  
¿Ah Torquemada! ven por la demora;  
Las indias hilan ya vuestras desquilas  
Para meteros dentro de mochilas.»

En tanto que estas cosas sucedían,  
So color de vender mantenimiento  
Algunos otros indios acudían  
A ver la fortaleza y el asiento,  
Y en paga de las cosas que traían  
Ninguno revolvía descontento;  
Traían yucas, plátanos, auyamas,  
Manzanas olorosas, pimas, guamas.

Y un robusto gandul, de miembros llenos  
Alto, fornido, bien proporcionado,  
Llamado Tiguer, con un ojo menos,  
En varias guerras bien ejercitado,  
Con una carga de plátanos buenos  
Llegó con otros indios al mercado;  
Preguntan ¿cuánto? los que la pretenden,  
Y respondió diciendo: «No se venden;

» Pero si de vosotros hay quien pruebe  
En la lucha mis fuerzas y mis huellos,  
Deposite cualquiera que se atreve  
Dos reales de plata contra ellos;  
Y si pudiese mas, gratis los lleve  
Y á su contento pueda gozar dellos,  
Y si mis brazos fuesen mas cabales  
Quedaránse con los dos reales.»

De la cristiana gente que se halla  
Presente, como vieron tanto brio,  
Ningunos aceptaron la batalla  
Ni salieron al dicho desafío;  
Y así cada cual dellos mira y calla  
Mostrándose con un semblante frito,  
Bien que quisieran ver este certamen  
Mas ninguno de sí hacer examen.

Mas el Antonio de Torquemada,  
Capitan señalado desta gente,  
Viendola toda cuasi demudada  
Y uno y otro hablar confusamente,  
Con una cierta risa disfrazada,  
Al dicho Tiguer dijo lo siguiente:  
«¿Para que quieras intentar contienda  
Adonde pierdas crédito y hacienda?

» De buena gana cada cual te escucha  
Y el mayor y el menor está rabiando,  
Para meter las manos en la lucha  
Sin esperar mas tiempo que mi mando:  
Mira que todos tienen fuerza mucha  
Y al cabo tienes de salir florando;  
Si con la tuya vives á contento,  
No te pongas en este detrimento.»

Responde: «Puesto caso que así sea,  
No vemos esa fuerza tan patente  
Que me fuerce razon á que la crea  
Hasta que su valor experimente;  
Será mi desengaño la pelea,  
Y así la pido con el mas valiente,  
Y tú ten las apuestas, si saliere,  
Para dallas á quien las mereciere.»

El Torquemada dijo: «Pues porfias,  
Presto verás aqueste desengaño,  
Y así quiero vencer tus valentías  
Con el mozo menor que viste paño;  
Mas tus quejas después serán baldías  
Si de la lucha te viniere daño,  
Y los reales, si vencedor vienes,  
En tu bolsa haz cuenta que los tienes.»

Luego señaló cierto compañero,  
Dicho Diego Rodriguez, no menudo  
Ni grueso, pero joven: es lijero,  
Medianete de cuerpo y espaldado,  
El oficio del cual era platero  
Y en las presas de lucha nada rudo,  
En todas las posturas maña varia,  
E hijo de las islas de Canaria.

Habia por delante plaza llana,  
Bien limpia de cualquier inconveniente,  
En torno mucha gente castellana  
Y en el mismo compás bárbara gente:  
Allí con el frescor de la mañana  
Se ven el uno y otro combatiente,  
Como si fueran Hércules y Anteo,  
A lo menos iguales en deseo.

Desnudos miembros el gandul robusto  
Y limpios del paléstrico ceroma,  
Aquella parte que le dió mas gusto  
Del lugar que decimos, esa toma;  
Diego Rodriguez con vestido justo  
Muslos y partes impudentes doma:  
Ambos se van llegando con gran tiento  
Y en los rostros algun demudamiento.

Firmes los piés, los brazos estendidos,  
Entrambos iban por la llana mesa,  
Los ojos vigilantes y advertidos;  
Arremetieron para hacer presa;  
Ya los atletas dos andan asidos;  
Resuena con huídos la debesa;  
Bien tienen menester la plaza larga  
Según el uno sobre el otro carga.

Ambos reguardos dan á las gargantas  
Y á las partes que pueden dallas pena;  
Las prestezas de vueltas eran tantas  
Cuantas un remolino desordena;  
La tierra se rompía con las plantas;  
Desgarros grandes hay por el arena;  
Del gran reholladero de la rueda  
Los cubría nublada polvareda.

No reposan en unos mismos puestos  
Aquí y allí los lleva furia loca;  
Los indios que los miran hacen gestos  
Queriendo ver su Tiguer hecho roca;  
Hasta los españoles mas enbiestos  
Hacian mil visajes con la boca:  
Uno se tuerce y otro se menea,  
Y cada cual sin pelear pelea.

Bien como cuando dos toros valientes  
Muestran sus furias en el campo verde,  
Y hacen con los golpes de las frentes  
Al ganado dormido que recuerde;  
Crecen impetuosos accidentes  
Y el que tierra ganó luego la pierde,  
Y el perdidoso vuelve mas atroce,  
Y superioridad no reconoce:



Desta manera cada cual se muestra  
En su postura y en su movimiento,  
Sin que del gran rigor de la palestra  
Se pueda declarar el vencimiento:  
Está dudosa ya la gente nuestra  
Y no menos el bárbaro convento,  
Viendo que el español en la congoja  
Cuanto trabaja mas menos aloja.

Andando pues trabada la rencilla,  
Diego Rodriguez con honroso celo  
No sé cómo se puso la rodilla  
A tiempo que le vino muy á pelo,  
Y de tal suerte fué la zancadilla  
Que dió con el gandul en aquel suelo,  
Diciendo: «Perro, ¿tú no me conoces?»  
Y dióle luego tres ó cuatro coces.

Después que sus furores ejecuta,  
Con él se fueron hasta la posada  
La gente principal desta conduta  
Por mandado del dicho Torquemada,  
Y él ocupó los dientes en la fruta  
A fuerza de sus brazos granjeada,  
Jurando que dulzuras de panales  
Para su paladar no fueran tales.

El indio Tíger bien arrepentido  
De tomar con sus manos aquel baño,  
Fuése corriendo por quedar corrido,  
Y tuvo sentimiento tan extraño  
Que por allí jamás hombre lo vido  
Ni pareció por mas tiempo de un año;  
Pero vino después, mas no tan teso,  
Sino con un poquillo de mas seso.

Otro gandul entonces y en aquella  
Coyuntura que fué lo del atleta,  
Con gran instancia pide para vella  
Que le cargasen bien una escopeta,  
Estimulado de tirar con ella;  
Mas el soldado con razon discreta,  
Le dijo: «Mira que no te conoce  
Y sé que te dará terrible coce.»

El indio dijo: «Vete en hora fea  
Con otros á hablar esas razones,  
Que yo no tengo para qué las crea,  
Entendiendo dō van tus intenciones,  
Porque yo no soy negro de Guinea  
Para no conocer estos cañones;  
Echale la carga si quisieres,  
Y verás cómo doy do me dijeres.»

El Esteban Gonzalez enojado  
Dos cargas le metió dentro del seno,  
Redondo plomo puesto y apretado,  
De muchos tacos el cañon relleno;  
Y cuando para juego tan pesado  
A él le pareció que estaba bueno,  
De polvorin la cazoleja hecha,  
El arcabuz le dió con viva mecha.

El dispuesto gandul la coce puso  
Do la suele poner el que bien tira,  
Por do manifestaba tener uso  
Y que su blasonar no fué mentira;  
El serpiente fumoso se dispuso  
Y el blanco disponia por la mira;  
El gandul apretó la mano luego  
Y en ese mismo punto tomó fuego.

Dió tan terrible golpe y estampida  
Como si se soltara verso grueso,  
Tanto quel indio loco dió caída,  
Como la carga fué con grande esceso,  
La carne de los hombros despedida  
Y fuera de los limites el hueso:  
Llegaron muchos por tener por cierto  
Quel misero gandul estaba muerto.

Aquel que fué la causa destes males  
Para lo remediar tomó la mano,  
Que digo ser el Esteban Gonzalez  
Hoy en aqueste pueblo cirujano;  
Y con los necesarios materiales  
Dentro de pocos dias lo dió sano,  
Y el indio que hablaba de la oseta  
No quiso tirar mas con escopeta.

Cuando pasaban estas circunstancias,  
Los bondos no vivian sin bullicio,  
Mas antes salteaban las estancias  
Y en ellas captiyaban el servicio,  
Aprovechándose de las substancias  
Del rústico trabajo y ejercicio,  
Y prendieron también del Torquemada  
Un negro que guardaba su manada.

Y porque desto fuese mas pesante,  
Dos indios de los desta cabalgada  
Salieron de aquel monte circunstado,  
Quedando los demás en emboscada,  
Y al Torquemada ponen por delante  
La presa que traian maniatada,  
Porque si vienen á quitar la pieza,  
A su salvo le den en la cabeza.

Y en efecto salia cierta banda  
De la gente mejor y mas hidalga,  
A causa de quel negro con voz blanda  
Y lastimosa pide quien le valga;  
Mas Torquemada con rigor les manda  
A grandes voces que ninguno salga,  
Por entender las mañas y cautela,  
Y la gran multitud quel bosque cela.

Mas un arcabucero diligente,  
Que se decía Pedro de Ribera,  
Apuntó bien con el cañon ardiente  
Al uno de los dos que estaban fuera,  
Y dióle por lo alto de la frente,  
Partiéndole por medio la mollera:  
Dos ó tres vueltas dió con desatiento,  
Perdida ya la vista y el aliento.

El otro, como vido su pariente  
Del resuello vital desamparado,  
Dió con fecha mortal á mantenimiento  
Al negro que traian amarrado,  
Y al compañero, de la luz absente,  
Sobre sus hombros lo llevó cargado  
A la montaña, pasos abreviando,  
Do los otros estaban esperando.

El negro, como nadie lo tenia,  
Con piés lieros hizo su huida,  
Mas ¿qué prestó huir? Pues otro dia  
Al miserable le huyó la vida,  
Sin que pudiese nuestra compañía  
Algun remedio dar á la herida;  
Los indios huyen, porque ya sus hechos  
Eran tan solamente por asechos.

Con estos ocupaban el sendero  
Esperando ver gente divertida;  
Y entonces á cualquiera compañero  
Español no sobraba la comida:  
Estaba pues un guayabal frontero  
Cerca de do tenían su manida,  
Y gente chapetona mal instruta  
Entraban á coger aquella fruta.

Y así porque tenia la celada  
Que podría cubrir el arboleda,  
El capitán Anton de Torquemada  
Con penas y amenazas se lo veda;  
Pero como con gente mal criada  
No todas veces prohibirse pueda,  
Hizo meter allí ciertos soldados  
Ocultos y de flechas preparados.

Para que si personas desmandadas  
Entrasen á los frutos referidos,  
Tirasen silbaderas despuntadas  
Que les amedrentasen los oídos,  
Y abreviasen al fuerte las pisadas  
Sospechando ser indios abscondidos,  
Porque con esta falsa diligencia  
Tuviere cada cual mas advertencia.

Abscondióse pues Esteban Gonzalez,  
Y con él Aravaca su vecino:  
Luego vieron llegar á los frutales  
Un Izaguirre, mozo vizcaíno,  
Con otros dos mancebos sus iguales,  
Los cuales con hambriento desatino  
Comienzan á comer del fruto bueno,  
Y á meter en la boca y en el seno.

Los abscondidos tras matas fronteras  
Por ponelles temores y escarmiento  
Tiraron tres ó cuatro silbaderas;  
Huyen los vizcaínos al momento  
Como tres velocisimas galeras  
Impelidas de remos y de viento,  
Y á grandes voces dicen deste modo:  
«Arma, arma, que viene sierra todo.»

» Por orden luego, buenos escuadrones,  
Daca, rodela grande y azagaya,  
Porque, juras á tal, flechas montones  
Venian sobre hijos de Vizcaya.»  
Causaron estas voces turbaciones,  
Y nadie dellos sabe dónde vaya  
Porque de ningún indio ven la cara  
Ni suena de contrarios algazara.

Echan sillars y frenos á rocines,  
Previénense las armas que convienen,  
Y con alborotados desatinos  
Preguntan todos por adónde vienen,  
Y respondianles los vizcaínos:  
«Guayabos abscondidos te los tienen,  
A mal viaje hagas salvajina,  
Y como tiras flecha que rechina.»

Andando pues la gente negociada  
Aunque ningún contrario se divisa,  
El capitán Anton de Torquemada  
Apenas puede comportar la risa;  
Todavía con voz disimulada,  
Sin descubrir el hecho, les avisa  
A todos que procuren adelante  
No se poner en riesgo semejante.

Con aqueste temor se reportaban  
Aquestas gentes ya menesterosas,  
Y así cuando la fruta procuraban,  
Llegaban muchos, y ante todas cosas  
Aquellas partes arcabuceaban  
Que parecían ser mas sospechosas,  
Y en tanto que en coger los unos tardan,  
Otros los velan, miran y guardan.

Pero los alimentos mas granados  
Como de la ciudad los esperasen,  
Torquemada mandó trece soldados  
Para que los caminos franqueasen;  
Los bondos pues no son tan desuadados  
Que no los vieses luego y asechasen,  
Encubriéndose cerca de sus huellas  
Para cuando volbiesen dar con ellos.

Fueron los trece acia Mamatoco  
Para ver si venia bastimento;  
Los indios en la parte que ya toco,  
Perseverantes en su mal intento,  
Vieron tres de caballo desde a poco  
Que de los trece van en seguimiento;  
Dejáronlos pasar por ir armados  
Y los caballos bien encubiertos.

Pues como la primera compañía  
Llevase limitado su camino,  
Paró segun el orden que traía  
Para volver al fuerte de do vino,  
Viendo que de la mar nadie venía,  
Y se llegaba tiempo vespertino;  
Mas luego sin pasar mucha tardanza  
La gente de caballo los alcanza,

Diciéndoles que vuelvan al instante  
Donde quedaba la demás compañía,  
Porque los tres pasaban adelante  
Hasta ver la ribera quel mar baña,  
Y que no hallarán quien los espante  
En la senda que va por la montaña,  
Por pasar ellos sin que se sintiese  
Alguna cosa que de riesgo fuese.

Por esto los peones, sin sospechas  
De los indios que estaban emboscados,  
Apagaron el fuego de las mechas  
Algunos neciamente confiados;  
Pues en entrando caen tantas flechas  
Como gotas espesas de nublados,  
Y antes que se revuelva ni se valga  
Al Caravaca hieren en la nalga.

Con otra le pasó tupido sayo  
Al Esteban Gonzalez un mozueto:  
La barriga rompió, mas á soslayo,  
Causándole tan intimo recelo  
Que con el golpe grande y el desmayo  
Tocó con las espaldas en el suelo,  
Y al mismo punto con furor insano  
Salieron ocho por echalle mano.

Pero hallóse junto Juan de Alba,  
Fidalgo portugués, que lo levanta,  
Y al tiempo que de aquel riesgo lo salva  
Una flecha llegó con fuerza tanta  
Que voló la montera de la calva,  
Clavándole con la frontera planta,  
Y allí se la dejó clavada y rota,  
Segun están orejas en picota.

Pues como la canalla los lastima,  
Y pone turbacion al mas entero,  
Bartolomé Carrasco los anima,  
Mancebo cordobés arcabucero,  
Y los llevó hasta poner encima  
Del mogote mayor que está frontero,  
Donde con brevedad mechas encienden,  
Y con los arcabuces se defienden.

Viendo que los cristianos representan  
Quererse defender y aun ofendellos,  
Los indios con lo hecho se contentan,  
Y antes de les venir nuevos resuellos  
Del emboscada huyen y se absentan,  
Sin padecer desdén ninguno dellos;  
Luego del fuerte salen andaluces  
Al estampido de los arcabuces.

Llegaron muchos bien apercebidos  
Para los socorrer en la presura;  
Pero como los indios eran idos,  
Y nadie suena por el espesura,  
Recogieron al fuerte los heridos  
Para ponellos en dudosa cura,  
Y aunque cortaron carne y hubo fuego,  
El pobre Caravaca murió luego.

Otro soldado, que se dijo Teva,  
Segun dicen, del reino de Toledo,  
Un sutilísimo rasguño lleva  
Entre las coyunturas del un dedo;  
Nunca se hizo medicinal prueba,  
Porque su poquedad no puso miedo,  
Pero rabiando concluyó la vida,  
Con no tener semeja de herida.

Quedó herido pues en la barriga  
El Esteban Gonzalez, cirujano,  
Y padeció martirios y fatiga  
Cauterizado por ajena mano;  
No se guarda, recata ni se abriga,  
Y con hacer escesos quedó sano:  
Tiene salud y vida de presente  
Y es en aqueste pueblo residente.

Al tiempo pues que ya tenían llenas  
De tierra las paredes de los muros,  
Y en torno levantadas las almenas,  
A cuyo respaldar estén seguros,  
Y en lo mas bajo prevenciones buenas  
Que puedan contrastar males futuros,  
El don Luís envia nueva cierta  
De que tienen cosarios á la puerta;

Y que para defensa de la playa,  
Do cada cual tenia su hacienda,  
La poca fuerza della lo desmaya,  
Pues no son parte para poner rienda;  
Y así se les mandó que luego vaya  
Presidio largo con que se defienda;  
Y en cumplimiento desto Torquemada  
Envió gente bien aderezada.

Y como por sus letras les espresa  
Que corria notable detrimento,  
Los soldados se dieron tanta priesa  
Por escusar aquel desabrimiento,  
Que llegaron, segun fué su promesa,  
En menos de tres horas mas de ciento,  
A hora deseada y oportuna,  
Pues ellos y el francés fueron á una.



El cual, reconocida la falanga  
Que de gente de pié se muestra fuera,  
Y de los de caballo buena manga,  
Que también rodeaban la frontera,  
Volvió con sus navios á Taganga,  
Ancon de los que tiene la ribera,  
Donde luego surgió y en tierra salta  
A fin de tomar agua que le falta.

Sabiendo don Luís cómo tenía  
El puerto que decimos ocupado,  
Allá llevó por tierra compañía,  
De cuyo valor iba confiado,  
Y con los arcabuces que traía  
Lo hizo retirar mal de su grado,  
Y á vela y remo sale de los puertos  
Con algunos heridos y otros muertos.

Salidos á la mar los luteranos,  
Huyendo del beliger rebato,  
Los que para robar quedaron sanos  
Recompensaron el pasado rato  
Con venillas á dar entre las manos  
Una naveta del comun contrato  
Que traía de mas de marineros  
Alguna cantidad de pasajeros.

Holgáronse con las mercaderías,  
Por ser la cargazon de blanco y tinto,  
Y con aquellas presas compañías  
Volvieron al ancon que llaman Cinto,  
Donde se detuvieron ciertos dias,  
Que llegaron á ser número quinto,  
Y resgataron oro y otros dones  
Con los indios que moran los ancones.

Entre tanto los bondos avisados  
De todos los negocios sucedidos  
Y de cómo los mas de los soldados  
A defender los puertos eran idos,  
Al fuerte vienen bien aderezados,  
Donde estaban los pocos recogidos;  
Cercólos luego bárbara corona  
Por mandado del nuevo Macarona.

Los buhios y ranchos que están fuera  
Primeramente fueron encendidos;  
La vocería de la gente fiera  
Rompe los aires con sus alaridos;  
El encerrado capitán espera  
Cuando serán los muros combatidos,  
Para que visto tiempo conveniente  
En su defensa haga lo posible.

Llegaron pues los indios inquietos,  
Encaminando flechas por la cumbre;  
Españoles callados y secretos  
A los cargados tiros ponen lumbre,  
Pero no fueron tales los efectos  
Que pudiesen causalles pesadumbre,  
Por llegar, temerosos del engaño,  
Por donde no les puede venir daño.

Y ellos tiemplan la vira cuando hieren  
Los altos aires por do va derecha  
Con tiento tan sagaz, que lo que quieren  
Enclavan á la vuelta con la flecha;  
Por estas vias españoles mueren,  
Si maña no les da cubierta hecha,  
Y agora ya ninguna les acierta  
Por tener un terrado por cubierta.

Combatian los fuertes aposentos  
Segun que suele furiosa saña,  
Mas no pueden salir con sus intentos  
A causa de no darse buena maña;  
De mas de que faltaban instrumentos  
Del globo que los muros desentraña;  
Pero duraron sin cesar porfias  
Espacio de dos noches y dos dias.

Y como don Luís ya conocía  
Las inmites y duras condiciones  
Quel inquieto bárbaro tenía,  
Temándose de sus alteraciones,  
Dándole provision, al tercer dia  
Mandó volver aquellos escuadrones;  
Y cuando descubrieron por los llanos  
Dejaron el empresa de las manos.

Apartáronse del alojamiento,  
Pero no de sus mañas y reveses,  
Pues para no venir en rompimiento  
Necesidad les hizo ser corteses;  
Y dicen que salieron con intento  
De se comunicar con los franceses,  
Por saber que se estaban reparando  
Y en el ancon de Cinto resgatando.

Tuvieron luego por aviso cierto  
Haber de Cinto ya hecho desvío,  
Dejando mal parados en el puerto  
Los que robaron en aquel navio,  
Do ninguno dejara de ser muerto  
A no les socorrer con buen avio  
El don Luís que de un indio ladino  
Tuvo razon del mal que les avino.

Y así certificado, mandó luego  
Que fuesen al ancon treinta soldados  
Para sacallos del insano fuego  
De que estaban los pobres rodeados;  
Y por estar el mar en gran sosiego  
Fueron en seis canoas aviados,  
En las cuales llegaron al abrigo  
Donde estaban los naufragos que digo.

En la sobresaltada compañía  
El gozo y el contento fué supremo,  
Y de tal calidad el alegría,  
Cuando vieron llegar cristiano remo,  
Cuanta puede sentir el que se via  
De peligro mortal en el estremo,  
Y teniendo por cierta su caída  
Sobrevino socorro de la vida.

De lo que se les dió comen y beben;  
Quiérenlos embarcar, y de repente  
Los vientos circunstantes el mar mueven  
Con tal furor que no se les consiente;  
Páreceles á todos que no deben  
Fiarse del cerúleo tridente;  
Desviáronse pues de la mar fonda,  
Y por tierra se fueron hasta Bonda.

Quedaron en el fuerte detenidos  
Los que del francés fueron salteados,  
Tostados, flacos y descoloridos,  
Y desnudos, descalzos, destocados;  
Pero de su pobreza de vestidos  
Repartieron con ellos los soldados,  
Hasta que diese provision del cielo  
Otro remedio de mayor consuelo.

Como creciesen pues alteraciones  
En el ancho reinado de Neptuno,  
Guió la proa acia los ancones  
Aquel cosario para tomar uno,  
Y en Chenque largó cables y resones  
Por ser puerto seguro y oportuno,  
Entre tanto que las ondas mudables  
Ofrecian carreras navegables.

Sabiendo los franceses ser entrados  
En Chenque por huir las tempestades,  
Jebo hizo sus piés apresurados  
A celebrar con ellos amistades;  
Indios llevó consigo desarmados  
Para representar seguridades,  
Y en poniendo los piés en la ribera  
Mostró señal de paz, blanca bandera.

Los navegantes, no sin gran recato,  
Envían un bajel en el cual viuo  
Un vascongado con quien un buen rato  
El Jebo razonó como ladino,  
Diciéndole que vienen á contrato  
Y que traian joyas de oro fino;  
Y el navarrisco, que por ellas muere,  
Dijo que le dará cuanto pidere.

Que traian buen vino de Sorrento,  
Hachas, machetes, coseletes, cotas;  
Jebo responde: «Mi mayor intento  
No fué comprar el vino de tus botas,  
Mas la playa tendrás muy á contento  
Si pólvora me dieres y pelotas  
Y algunos arcabuces competentes,  
Que sean lisos, limpios y sin fuentes.

Como Jebo ceñía espada y daga,  
Entienden que de veras lo decía,  
Y con tan buenas joyas los amaga  
Que le vendieron cuanto les pedia;  
Y es cosa creedera que la paga  
Fué siete veces mas que merecía;  
Al fin los indios vuelven á sus nidos  
De pólvora y pelotas proveidos.

Y en todo tiempo, donde residian,  
En las horas nocturnas y quietas,  
Para velar personas se ponian  
De las mas avisadas y discretas,  
Y al tiempo que los cuartos se rendian  
Disparaban cargadas escopetas,  
De tal manera que cristianos hartos  
Oyéndolas también rendian cuartos.

Así que, si recuentros sucedian,  
Allende de los arcos y las flechas,  
También con arcabuces acudian  
Algunos dellos ya las cargas hechas,  
Frascos que de los hombros dependian,  
En los brazos los rollos de las mechas,  
Las cabezas cubiertas con celadas  
Y todos los mas dellos con espadas.

En esta sazón pues el fuerte estaba  
Para se defender del enemigo,  
Y el dicho don Luís á quien tocaba  
Tener en la ciudad mejor abrigo,  
Allí dejó la gente que bastaba  
Y toda la demás llevó consigo,  
Y por los bajos valles ó por altos  
Salían á hacer algunos saltos.

Cuadrillas de soldados se metian  
Cerca de los caminos y las vias  
Por do los indios iban y venian  
A sus contratos y sus granjerías,  
Y por la mayor parte recogian  
Algunos por ser diestros los espías,  
Y vinoles en esta coyuntura  
Un lance de grandísima ventura.

Y fué Jebo pasar por la montaña  
Cerca de donde estaban abscondidos  
Con breve número que lo acompaña,  
Tres indios y seis indias sin maridos;  
Y el Jebo de los hechos en España  
Lleva sus aderezos y vestidos  
Y espada, daga, por bordon jineta,  
Y un paje junto con el escopeta.

El Jebo sospechoso destos males  
Haciales apresurar la buella;  
Pero salieron águilas caudales  
Con gran velocidad á detenella:  
Fernán Dominguez y Esteban Gonzalez  
Al Jebo por llevar la mejor pella,  
Y Orozco y Juan de Alba juntamente,  
Y Cordero, caudillo diligente.

Viendo contrarios el gandul membrudo  
Y tantos españoles de improviso,  
Quiere valerse del guzguz agudo,  
Pero lugar no tuvo cuando quiso,  
Que cuando lo bajaba, ya no pudo,  
Porque los cuatro con gentil aviso  
Juntáronse con él pecho con pecho,  
Sin consentille golpe de provecho.

Mas como tiene fuerzas de gigante,  
Nervosas y terribles proporciones,  
No pudo la de cuatro ser bastante  
A le poner las manos en prisiones,  
Sin acudir ayuda del restante  
Que pasaba de veinte y seis peones,  
Asiéndole de brazos y de dedos  
Hasta ligalle brazos y molledos.

Y sin derramar sangre, hecho esto,  
Con él y las mujeres se camina,  
Haciéndoles venir á paso presto  
Para los presentar en la marina,  
Porque corrian riesgo manifesto  
Si los sentia gente convecina;  
Y al tiempo que venian caminando  
Las indias todas seis iban cantando.

Viendo las muestras y los pareceres,  
Algunos de la gente castellana  
Dicen: «Contentas van estas mujeres,  
Pues canta cada cual de buena gana;  
Di, Jebo, ¿si serán estos placeres  
Por parecelles bien gente cristiana,  
Y porque salen ya de vuestras redes,  
Que las guardais detrás de mil paredes?»

El Jebo les responde: «No me espanto  
Que levanteis tan falso testimonio,  
Pues de vosotros ellas al mas santo  
No querian mas verte que al demonio:  
Es esa la manera de su llanto,  
Y llaman á don Gairo y á don Nonio  
Y á don Barco, porque estos son mohanes  
Que las pueden librar destos desmanes.

»Y estas no son mujeres labradoras,  
Antes en Bonda pocas hay iguales:  
Mi mujer una, las demás señoras  
Casadas con varones principales,  
Como veremos antes de mil horas,  
Que cada cual vendrá con sus caudales  
Para dar libertad á su querida,  
Aunque por precio della dé la vida.»

Esto que Jebo dijo salió cierto,  
Como quien los tenia conocidos;  
Y así no bien entradas en el puerto,  
De paz vinieron todos los maridos  
Para hacer con ellos el concierto,  
Y cumplir los rescates prometidos;  
Mas don Luís pidió por esta suerte  
Todo cuanto robaron en el fuerte.

No pudieron salir á los partidos,  
Y aunque quisieran, imposible fuera,  
Por ser bienes á muchos repartidos  
Y que se trasportaban donde quiera:  
Dieron los que pudieron ser habidos,  
Y entrellos las dos piezas de fuslera,  
Y con añadir mas de sus haberes  
Todos ellos llevaron sus mujeres.

Y aunque piden á Jebo, no por eso  
El don Luís cumplió su pedimento,  
Antes por sus delitos en exceso  
Se procedió por orden mas sangriento:  
Pónese defensor, hace proceso,  
Dásele crudelísimo tormento,  
Y confesó que por sus propias manos  
Mató mas de tres veintes de cristianos.

Y él fué quien hizo levantar la tierra,  
Y otros atrevimientos infinitos  
Durantes águilas caudales  
De los cuales los menos van escritos;  
Al fin, el gobernador lo destierra,  
Vistos sus atroces delitos,  
Y lo mandó llevar aprisionado  
Al navio que estaba preparado.

Ligados piés y manos con prisiones,  
Yendo para la dicha carabela,  
Bien fuera ya de las reventaciones,  
Se trastornó la chica canohuela,  
Adonde fenecieron sus traiciones  
Y todas sus cautelas con cautela,  
Y las ondas del mar y su fondura  
Le dieron inqúfeta sepultura.

Fué, demás de su fuerza y aspereza,  
En regular la flecha tan perito,  
Que pudo competir con la destreza  
Del Hércules discípulo de Eurito:  
Un tiro solo de su gran destreza  
Manda razon que pongan en escrito  
En un francés que va con vuelo presto  
A la gabia del arbor mas enhiesto.

Donde por ser el término prolijo  
Ningun arcabuz llega desde el puerto,  
Y este gandul á don Luís le dijo:  
«Dime que me darás si yo le acierto;  
Quedareis todos libres de cojiño  
Si yo le hago venir al agua muerto.»  
El don Luís promete y el vecino  
Que le darán un cántaro de vino.